



# Homenaje a Ricaurte

7 de agosto de 1924

Bogotá

Editorial de Cromos

# INAUGURACION

DEL MONUMENTO  
ERIGIDO EN BOGOTA

# AL HEROE DE SAN MATEO

por disposición de  
la Ley 40 de 1913.

ESCUPTOR:  
DON ANTONIO RODRIGUEZ DEL VILLAR

MAN 3583

M431 Pza 12

E. 7



Don Antonio Rodríguez del Villar, autor del monumento, y los miembros de la Junta encargada de su erección.

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON JULIO D. PORTOCARRERO, PRESIDENTE DE LA JUNTA DEL HOMENAJE A RICAURTE, CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO AL HÉROE, EN BOGOTÁ

Excelentísimo señor Presidente:

Señoras, señores:

El Congreso Nacional dictó la Ley 40 de 1913 para hacer constar su admiración y su agradecimiento y honrar la memoria de Antonio Ricaurte, héroe de San Mateo, con motivo del centenario de su sacrificio. En el artículo 2.º de ella ordenó erigir en la capital de la República una estatua de bronce a Ricaurte y por el artículo 3.º puso en manos de una comisión de seis ciudadanos designados por las Cámaras legislativas el encargo de dar cumplimiento a su voluntad.

Fueron designados para integrar la Comisión Monseñor Rafael María Carrasquilla y los señores Carlos Calderón, Felipe S. Escobar, José Ramón Lago, Daniel Ricaurte y Lorenzo Marroquín. Presidió la Junta Monseñor Carrasquilla, y poco tiempo después de iniciar ésta sus trabajos la muerte implacable arre-

bató a cuatro de éstos caballeros que pusieron todo su empeño, celo y patriotismo al desarrollo del mandato legislativo, sobreviviendo sólo Monseñor Carrasquilla, prelado eminente, honra y prez del clero colombiano y sabio maestro educador de varias generaciones de compatriotas que hoy descuellan en varios ramos del saber humano, patriota fervoroso, que algún tiempo después presentó renuncia de su cargo.

Las Cámaras integraron la Junta de la que sólo quedaba ya el General Escobar, con los señores Emilio Ricaurte, Cenón Escobar Padilla, Noel Ramírez, Luis Augusto Cuervo y el que tiene el honor de dirigiros la palabra por encargo especial de sus compañeros de Comisión, la cual ha presidido por benévola designación de los mismos. El señor General Escobar que puso el mayor interés en coronar la obra, desapareció antes de verla terminada y cumplió con un deber de amistad al consagrar aquí, como lo hago sinceramente, un recuerdo cariñoso al patriota y al amigo desaparecido.

Al iniciar sus trabajos el nuevo personal de la Junta, varios artistas colombianos le presentaron al notable escultor español, señor don Antonio Rodríguez del Villar, quien había venido con intención de radicarse en el país. Dichos compatriotas tuvieron ocasión de conocerlo en Roma, en donde culminó su carrera de manera brillante recibiendo la consagración de aquella ciudad, cuna del Arte. El escultor Rodríguez del Villar presentó a la Junta diversos proyectos que ella consultó con casi todos los artistas nacionales residentes en Bogotá y con la Academia de la Historia, y una vez oído el dictámen favorable de éstos inició el negocio respectivo, el que llevó a cabo por comisión de la Junta el señor General Escobar y una vez aprobado empezó a desarrollar y ha dado por resultado el hermoso monumento que hoy descubrimos.

No obstante haber venido a la vida en la Villa de Leyva, Ricaurte por múltiples razones ha sido y

es considerado bogotano. Perteneciente a una de las más viejas y nobles familias santafereñas, en Santa Fé se educó y se formó su alma heroica empapándose en todas las altas virtudes morales que florecieron pródigamente en nuestra ciudad en los días anteriores a la Independencia hasta hacer que aquella vieja y cara urbe española mereciese ser llamada por Humboldt la Atenas Suramericana, porque en ella la pura savia de la raza española se había ido clarificando y enriqueciendo hasta dar los más finos frutos de inteligencia e hidalguía. En este ambiente se templó como un acero vibrante el alma superior del Héroe; en él recogió aquellos alientos de titán que le llevaron a la inmortalidad. Por eso Bogotá que dió vida a su alma lo considera como un hijo suyo queridísimo y hoy lo exalta y lo glorifica con cariño de madre. Y así demuestra nuestra ciudad que es digna descendiente de aquella Santa Fé, arca de todas las virtudes y plantel de todas las flores del ingenio, cuyo recuerdo conservamos en lo más íntimo de nuestro corazón, pues sí entonces supo nuestra ciudad distinguirse por su inteligencia entre todas las del habla española, hoy aspira a sobresalir entre todas por su generosidad y por el afecto con que acoge a cuantos a ella llegan y de un modo especial a todos los colombianos que en ella encuentran siempre a una Madre dispuesta a ayudarlos, a instruirlos, a afinar su espíritu, a hacerlos prosperar y realizar grandes hechos y a honrar finalmente su memoria y hacerla inmortal.

Este título de Madre celosa por la gloria de sus hijos es el que hace valer hoy Bogotá para levantar en sus calles un monumento que haga imperecedero el recuerdo de Ricaurte.

Y ahora, paso a haceros una breve descripción del monumento, para lo cual cedo la palabra al mismo autor de la obra, el genial artista Rodríguez del Villar.

Oídlo:

## IDEA GENERAL

«Un monumento conmemorativo de un hecho cualquiera debe ante todo dar al espectador una idea de toda la importancia, de toda la trascendencia del hecho en cuestión. Hé aquí por qué cuando se eleva un monumento a un héroe no basta hacer un pedestal y colocar encima de él la estatua del personaje, por muy parecido que esté. Ni basta tampoco añadir en la base algún bajo relieve que venga a ser como una fotografía del acto heroico. Esto es demasiado fácil y demasiado vulgar para tener mérito alguno.

«El arte debe elevarse mucho más y aspirar a producir en el espectador sentimientos e ideas representándolos por los medios que tiene a su alcance, en la piedra o en el lienzo, en el verso o en el pentagrama. Y tratándose de la escultura es necesario procurar la glorificación del hecho o de la persona en cuyo honor se eleva el monumento, de ensalzarlo subrayando toda su significación y hacer en suma que la obra resulte un verdadero himno en piedra.

«Aplicando este criterio a la concepción del monumento a Ricaurte, vi desde el primer momento que no bastaba representar al héroe pegando fuego a un barril de pólvora. Esto nada significa. La verdadera importancia de la acción de Ricaurte no está en el hecho mismo realizado por él en San Mateo, sino en el sentimiento que lo originó. Lo que ha hecho de Ricaurte un héroe inmortal no es el haber pegado fuego a un barril de pólvora, sino el haberse sacrificado por la Patria. Por lo tanto la idea capital del monumento tenía que ser la de representar al Héroe sacrificándose por su Patria y mostrar por medio de figuras, grupos, etc., toda la belleza de este sacrificio.

«Este ha sido mi propósito.



Frente del monumento.

## ARQUITECTURA DEL MONUMENTO

«La Patria por la que se sacrificó Ricaurte no fue Grecia, ni Roma, ni otra alguna sino Colombia. Por lo tanto el estilo arquitectónico del monumento no podía ser el griego, ni el romano, ni ningún otro de los estilos clásicos, sino que era preciso que el conjunto del mismo estuviese unido a la idea de la patria colombiana, tuviese sus raíces en el suelo de este país.

«Esta fue la primera dificultad que tuve que resolver. Los indígenas anteriores a la conquista no llegaron a un grado de civilización suficiente para crear una arquitectura y después de la conquista no hubo más arquitectura que la española. Por consiguiente hacer un monumento colombiano por su estilo presentaba grandes dificultades.

«Para resolverlas me pregunté: ¿Cuál hubiera sido la arquitectura de los chibchas si hubieran llegado a tenerla? Dadas las semejanzas existentes entre los pueblos indígenas de toda América, es de suponer que ella hubiera sido parecida a la de los aztecas o los mayas. En la arquitectura de éstos el elemento básico es la pirámide. Por otra parte la pirámide aparece en el período rudimentario de la arquitectura de casi todos los pueblos como se ve en Persia y en Egipto. Puede, por lo tanto, presumirse que si los chibchas hubieran tenido arquitectura, sus construcciones y sus monumentos hubieran tenido en un principio la forma piramidal. Esta fue, en consecuencia, la forma que elegí.

«Por otra parte se observa que en los monumentos conmemorativos de los pueblos no civilizados o de civilización menos avanzada se prefiere con frecuencia, el monolito y se añaden como motivos de ornamentación las figuras geométricas más sencillas (círculos, triángulos, cuadrados, etc.)

«Con estos elementos compuse la arquitectura del monumento a Ricaurte, levantando sobre una base de dibujo geométrico un bloque piramidal que recuerda vagamente a un obelisco, de forma alargada en sentido vertical para darle mayor esbeltez y coronado por un capitel que no se parece en nada a ninguno de los capiteles de los pueblos del viejo mundo, sino que está hecho con los elementos decorativos usados por los diferentes pueblos indígenas de América.

«Pero esto era insuficientemente colombiano, pues podía aplicarse a otro país cualquiera de la América española. Para darle más carácter nacional puse a la base un zócalo de bajo relieves representando tipos chibchas en diversas actitudes orantes, como rindiendo homenaje al Héroe y añadí unos motivos ornamentales de águilas estilizadas a la manera azteca, por ser esta ave símbolo del ideal.

#### FRENTE DEL MONUMENTO

«El grupo principal colocado en el frente del monumento es el grupo del «Héroe». He tratado de representar en él no sólo a Ricaurte, no sólo su acto heroico, sino mucho más; el Héroe en abstracto, el tipo perfecto del Héroe. Porque para mí Ricaurte es eso: el tipo perfecto del Héroe. Es el hombre superior que despojándose de toda preocupación material, de todo sentimiento egoísta, se sacrifica puramente, en el más desinteresado de los sacrificios, por un bello ideal. Y con este acto magnífico deja de ser un hombre para convertirse en algo mucho más grande y digno de admiración: en un Héroe.

«Para representar plásticamente esta idea he compuesto un grupo de bronce en el que aparece en primer término Ricaurte con los vestidos desgarrados por la lucha, mostrando descubierto el pecho gene-

reso, con los fuertes brazos extendidos y protegiendo con ellos y con todo su cuerpo a la Patria. Esta asoma detrás representada por una figura de mujer envuelta en la bandera. Unas llamas rampantes vagamente modeladas (para no distraer la atención de la idea capital) recuerdan más concretamente el acto heroico de Ricaurte.

«El gesto de éste, como digo, es ante todo el gesto de proteger, de cubrir con su cuerpo el de la Patria. Pero además hay en su actitud y en sus facciones una expresión de sublime renunciamento en aras del ideal, la expresión de un hombre que es todo alma y todo abnegación. He procurado expresar en sus músculos tendidos, en sus ojos clavados en lo infinito, en su boca entreabierta como en un grito supremo, en su cuerpo todo inclinado hacia adelante como lanzándose al encuentro de la muerte, la emoción vibrante e insuperable del acto heroico.

«Debajo del grupo dos figuras de mujer sedentes representan, una la Historia presenciando el hecho y llevándolo a las páginas de su libro inmortal; y la otra el Ideal que al contemplar al Héroe entorna los ojos y deja caer sobre uno de los hombros la hermosa cabeza en un dulce gesto de reconcentración y de ensímismamiento, como gozando en lo íntimo de su alma de toda la grandeza espiritual del acto heroico.

#### COSTADO NORTE O REVERSO

«Haciendo juego con estas figuras y con el grupo del Héroe hay en el frente posterior del monumento otro grupo, el de la *Inmortalidad*, y otras dos figuras que representan el *Heroísmo* y el *Sacrificio*.

«El grupo de la *Inmortalidad* está formado por tres figuras. En primer término aparece el Héroe muerto: una figura de mujer que simboliza la Gloria y levanta su cuerpo pesado y sin vida y volando lo eleva a las regiones de la inmortalidad, mientras que otra figura femenina, la Patria, se abraza a los pies del cadáver y apoya en ellos sus mejillas en un gesto de honda ternura, de inmenso cariño y agradecimiento.

«En este grupo se hace la exaltación del heroísmo mostrando cómo el Héroe no perece ni es consumido por la tierra perdiéndose en el olvido, sino que por el contrario, la Gloria y el amor de los que sobreviven, la Gloria y el amor que son las dos ilusiones más caras al corazón del hombre, lo acogen en sus brazos y lo hacen inmortal. Vuela la Gloria con un gesto sereno de Sér superior, mientras que la Patria, más humana, de rodillas en la tierra en que debe quedarse tiene una expresión femenina y maternal.

«Debajo en los ángulos se ven el Heroísmo y el Sacrificio. Son dos figuras masculinas modeladas con vigor y sobriedad en las que he procurado esmerarme. Estos dos sentimientos, el Heroísmo y el Sacrificio son las dos condiciones anímicas que hacen a los hombres superiores y les permiten elevarse a las más meritorias acciones; en ellos se pone de manifiesto toda la infinita superioridad del espíritu humano.

«El Heroísmo está representado por un hombre desnudo con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, los brazos pegados al cuerpo como concentrando todas sus energías en sus músculos en tensión, dispuesto a todo, y elevando la frente a lo alto como poniendo en su mirada el alma entera pronta a lanzarse a las acciones más esforzadas.

«El Sacrificio es otro robusto gigante en actitud semejante a la del anterior, pero expresa un sentimiento enteramente opuesto. Los brazos cuelgan a lo largo del cuerpo con languidez, flojos los músculos y

un poco inclinado el busto hacia adelante. La cabeza cae y el cuello se dobla con un gesto de resignación y abandono. Es la expresión característica del renunciamiento, del sacrificio desinteresado.

«En ambas figuras he buscado a un tiempo el máximo de emoción y el máximo de sobriedad. La mirada en el cielo del uno, y la frente inclinada hacia la tierra, del otro, dan a mi entender la impresión clara del ansia heroica de aquél y de la humilde resignación de éste. He tratado de petrificar un gesto simple y preciso, una actitud sobria y elocuente que baste para expresar de manera inconfundible un estado de alma.

### CORONACION

«Coronando el monumento y en la parte más alta de la pirámide hay otra figura de mujer que representa la *Victoria*. Simboliza el triunfo final del héroe. Aparece envuelta en flotantes vestiduras, con una expresión de serenidad superior en el rostro, la mano levantada en alto señalando el infinito y posado sobre sus hombros el cóndor andino como prestándole sus alas. De esta manera se unen los dos símbolos: la Victoria y el Rey de los Andes. Es el triunfo de América coronando el esfuerzo de Ricaurte.

«Tanto esta figura como las demás está ejecutada conforme a mi criterio estético. He hecho mi formación artística en muchos años de residencia en Roma donde se hallan reunidas las más valiosas estatuas griegas y romanas que han llegado a nosotros. Estudiándolas detenidamente he llegado al convencimiento de que el camino que siguieron los escultores griegos es el acertado y que su concepción de la armonía estética y la belleza serena y majestuosa de sus obras nos señalan la verdadera ruta del arte. Por

eso soy contrario a las modernas tendencias de la escultura que a partir de Rodin y de Constantino Meunier buscan la expresión de los sentimientos en ademanes descoyuntados y violentos, en gestos epilépticos que rompen la armonía maravillosa del cuerpo humano y resultan por lo tanto enteramente inelegantes. Los sentimientos más fuertes pueden expresarse sin contorsiones forzadas ni gesticulaciones, como nos lo demuestra el Laoconte que con un pequeño gesto que no logra descomponer sus facciones nos da la emoción suprema del dolor. Por eso me preocupo yo en mis esculturas de expresar el sentimiento mediante ademanes sencillos y naturales huyendo de todo gesto desordenado para que en ningún momento se pierda la reposada majestad del cuerpo o de las facciones humanas.

«Dos palabras para terminar. No faltará quien se extrañe de que sea un escultor español quien glorifique a Ricaurte que murió peleando contra los españoles. En España no hay nadie que considere la guerra de independencia americana, sino como una guerra civil entre hermanos originada por una necesidad de los tiempos. Por eso como pasa en todas las guerras civiles, una vez terminadas se olvidan los rencores del momento y no queda sino el sentimiento de fraternidad y la admiración por los grandes hechos realizados por unos y otros. De esta manera yo no puedo ver en Ricaurte sino un héroe de mi raza y considero como un honor para mí, como español, contribuir a su glorificación con lo mejor de mi espíritu y de mi artes».

Hasta aquí las palabras del eminente escultor don Antonio Rodríguez del Villar, autor del monumento, palabras que como veis ponen de relieve toda la importancia y la significación profunda de esta obra. Nada puedo yo añadir a ellas porque constituyen la más perfecta descripción que se pudiera desear del monumento. Pero sí considero preciso poner un comentario a sus últimas frases.



General Felipe S. Escobar, miembro  
de la Junta del Homenaje.

Dice el artista que en España no se guarda el menor rencor a las naciones hispano-americanas por los sucesos de la guerra de nuestra Independencia y que en tal concepto él considera como un honor contribuir a la glorificación de Ricaurte por ser éste un héroe de nuestra raza común. Nobles ideas son éstas que corresponden a la tradicional hidalguía del español y a la generosidad del artista, nobles ideas que expresan el sentir de la Madre Patria que precisamente se ocupa hoy en levantar en Madrid un grandioso monumento a nuestro Libertador Bolívar. Estas manifestaciones de sincera amistad llegan a lo más hondo del alma de los colombianos que sabemos apreciar en lo que vale la gallardía de estos rasgos magníficos que demuestran que aún subsiste inmutable aquella grandeza de alma que ha caracterizado la labor de la nobilísima España a través de todas las vicisitudes de la Historia.

En justa correspondencia a tan amables palabras es mi deber hacer constar que tampoco queda en el alma de los colombianos el menor asomo de rencor hacia la Nación que sembró un día en estas tierras todas las semillas de la civilización y de la cultura, que fue la Patria de nuestros abuelos, que nos dio la sangre que llevamos en nuestras venas y de la que nos enorgullecemos como de un título de nobleza, y a la que debemos las más preciadas cualidades de nuestro espíritu, nuestra Religión, nuestro concepto de la familia, nuestras costumbres y hasta el mismo idioma que hoy nos sirve para enviarle nuestro saludo cordial y rendirle el homenaje de nuestros afectos más sinceros. Al inaugurar hoy este monumento a uno de los más altos héroes de nuestra Independencia, no puedo menos de dedicar un recuerdo en honor de las tropas españolas que fueron entonces vencidas después de haber sido cien veces vencedoras en otros campos de batalla. Al hacer esto sigo la línea de conducta que nos trazó el Libertador, en Ayacucho,

cuando después de haber recibido las felicitaciones que por su victoria le presentó el General español vencido, hubo de contestarle haciendo constar que la valiente conducta de las tropas derrotadas las hacía merecedoras de los aplausos de sus mismos contrarios.

Como Presidente de la Junta que ha erigido a Ricaurte este monumento es también mi obligación dar las gracias más rendidas al notable escultor, autor de la obra, y hacer público que no sólo ha cumplido el contrato que para ello celebró con nosotros, sino que lo ha superado embelleciendo su obra con figuras, adornos y toda una serie de bajo relieves que no estaba obligado a realizar. Por otra parte, su labor artística, de un valor subidísimo, ha venido a dotar a nuestra ciudad de un monumento que es sin duda alguna el más bello de cuantos en ella existen. Por todo esto, por haber cumplido insuperablemente como caballero y como artista, por haberse esmerado en ejecutar una labor lo más perfecta posible, por el cariño con que se ha esforzado en exaltar a nuestro héroe y por haberse compenetrado sinceramente con nuestro espíritu hasta llegar a tallarlo en la piedra con sus cinceles de un modo prodigioso, el señor Rodríguez del Villar se ha hecho acreedor a nuestro más profundo agradecimiento.

Voy a terminar.

En nombre de la Junta que he tenido el inmerecido honor de presidir hago entrega solemne del monumento a Ricaurte, al Honorable Congreso Nacional cuyos preceptos quedan así obedecidos y cuya voluntad queda cumplida gracias al celo y a la actividad de mis compañeros de Junta a quienes me he esforzado en apoyar con mi humilde colaboración. Al terminar ahora nuestras labores nos permitimos llamar la atención al Honorable Congreso hacia la necesidad de que con los terrenos que rodean al monumento se haga un parque que sirva de marco a esta bella obra de arte y que venga al mismo tiempo a

llenar la aspiración de los vecinos de este barrio de poseer una zona de recreo para sus niños. Una modesta cantidad que el Honorable Congreso se dignara votar para este fin bastaría para realizarlo satisfactoriamente embelleciendo al mismo tiempo nuestra ciudad bien digna de que todos los que en ella vivimos nos esforcemos por mejorarla y ponerla a la altura que le corresponde como capital de nuestra Patria.

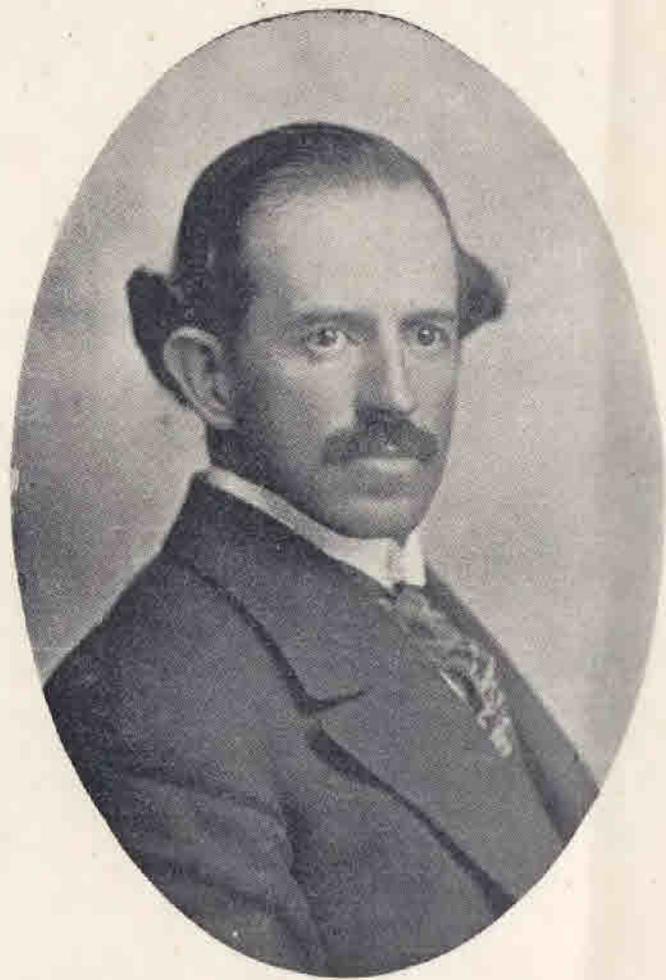
Y ya que hablo del embellecimiento de Bogotá no he de callar otra de las mejoras que debemos acometer inaplazablemente. Las dos figuras más grandes de nuestra Historia son Jiménez de Quesada, precursor de nuestra nacionalidad y Simón Bolívar, creador de nuestra República. Ni uno ni otro tienen en Bogotá un monumento digno de su significación histórica y es urgente, por decoro nacional, el elevárselo sin tardanza. La manera fácil y económica con que ha podido elevarse el monumento que tenéis a la vista nos prueba claramente lo muy factible que es hacer otro tanto en honor del Fundador y del Libertador. Sí, a Jiménez de Quesada el Conquistador atrevido y gallardo, que dejó en nosotros impreso, como sobre materia plasmable, sus hábitos de letrado, dándonos así la fisonomía de pueblo civil que ha sido el distintivo inequívoco de nuestra vida de Nación libre. Y a Bolívar debemos hacerle aparecer sobre aquel formidable bridón que, al decir del Padre Borges, pateó el oro del Cuzco, trepó al Chimborazo, esguazó el Orinoco, ganó de un salto la Cordillera andina, derribó de una cox el puente de Boyacá y se elevó, con banderas por alas, a las regiones de la inmortalidad.

Excelentísimos señores: próximo a celebrarse el centenario de Ayacucho que selló y ratificó definitivamente nuestra Independencia, a vosotros me dirijo para que no pase esa fecha sin que Bogotá, y por su intermedio Colombia, honre como debe a su Libertador y a su Fundador. Ningún esfuerzo os costará y apenas ha de significar una pequeña erogación para el Tesoro el que estos dos hombres superiores que

en sus manos robustas modelaron lo que es más querido, nuestra Patria, se vean glorificados como merecen, elevándoles un monumento que tenga por pedestal los Andes, testigos de sus heroicas hazañas y demostrando así que esta ciudad a la que dieron vida sabe agradecer lo que por ella hicieron y guarda su recuerdo como un ejemplo para las generaciones venideras.

No dudo, excelentísimos señores, que atenderéis a esta petición que valiéndose de mis palabras os hace la ciudad de Bogotá, por hallarse ella inspirada en el más puro patriotismo y ya que todos los ideales patrióticos tienen en vosotros sus más celosos defensores.

He dicho.



Doctor Guillermo Valencia, comisionado por el Congreso Nacional para recibir el monumento.

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DOCTOR GUILLERMO VALENCIA

Excelentísimos señores,

Señor Presidente de la Junta del Homenaje a Ricaurte,

Señoras, señores:

El Honorable Senado de la República me confió el encargo de recibir, a nombre del Congreso Nacional, este monumento alzado para glorificar al héroe de San Mateo; y si es de justicia recordar ahora a los patriotas que iniciaron labores con tal fin —de ellos sobreviviente uno tan sólo para gloria de Colombia, y desaparecidos en hora infausta los demás — apremia publicar desde aquí un testimonio de reconocimiento, a nombre del país, al celo de la segunda Junta que da cima a la obra dejando cumplida así la voluntad del Cuerpo Soberano que asocia también, en su tributo congratulatorio, al artista español creador del monumento, por él mismo plasmado con entusiasmo de patriota, con fervor de artífice y nobleza de hidalgo. Quede, pues, la grandiosa fábrica al amparo de la ciudad maternal, en memoria del acto único y para veneración de todos.

El año de 1813 y comienzos del siguiente fueron una hora máxima, por lo trascendental y gloriosa, para Nueva Granada y Venezuela, y, en grado no menor acaso, para la obra total de la emancipación, por las fecundas proyecciones de aquellos días sobre la figura del Libertador y el éxito futuro de sus empresas.

Bolívar, el Genio de América, existía reconcentrado en sí propio, cercado por los cantiles de la conciencia de su dueño, semejante a un piélago que los hombres aún no han visto. Después del Señor, sólo el Genio sabía la profundidad de sus simas; el polimorfismo de su vida interior; el ímpetu ascendente para amotinar olas y desencadenarlas al influjo de un ritmo proceloso y sabio; la hora para abrir los vórtices fatales y la de mullir el camino de gasas y de perlas. Oh, Santa Fe, que creíste sin ver, que admiraste antes que nadie la grandeza del mar, y adivinaste al Genio en esas horas aciagas en que alguien dijo: «El pueblo se opone a su propio bien; el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea nuestro enemigo.»

Esta patria acudió al llamamiento de Bolívar con un puñado de valientes que evocan a los trescientos en el desfiladero de la materna Hylas. Cundinamarca, Cartagena, Cúcuta, Mompós, Pamplona, Socorro, Tunja ofrendaron en valor floreciente: a Girardot, Concha, Guillén, Mantilla, Narváez, Ramírez, Ribón y Vigil. Y Bogotá confió su honor y su esperanza a aquél soberbio coro de eupátridas que se llamaron para las edades, los Ricaurtes, Ortega, Vélez, Maza, los París y D'Elhuyart. Desde Cúcuta a Caracas la campaña fue rápida, precisa y esplendente como la marcha de un cometa que, si veló por un instante su cauda, de múricee triunfal tiñóla en Cúcuta, la Grita, Carache, Niquitao, Horcones, Taguanes, Mirador y

las Trincheras; que brilló con luz de siglos sobre la atormentada colina a la que dió Atanasio su propio nombre de inmortal, y se inflamó finalmente para la eternidad, entre la redentora fulguración de San Mateo.

Nombre evocador entre todos los nombres! Cuarenta días de lucha sin reposo y cuarenta noches de insomnio vigilante; diluvio de sangre y de fuego en torno del Arca débil en que navegaba la Esperanza. Fue el campo de cita para dos ideas y dos hombres: la tradición que reivindicó y la libertad que reclama; Boves y Bolívar. Era el instante en que la idealidad baja a la tierra y se hace carne y hueso. Representaba Boves un pasado; venía a cobrar, en nombre de tres siglos, la labor tesónera, la inexhausta magnanimidad de quien ofrendara sus joyas para descubrir y su sangre para vivificar, bajo el signo de un pendón que cantaba la unidad gloriosa tras de la Reconquista; un afortunado imperialismo de Oriente a Ocaso; los Códigos del Rey Sabio contrapensando el plato en que ponderosamente gravitaba Cervantes; el mapamundi engrandecido; la pontifical línea roja que partía dominios e influencias; los escudos señoriales, con largueza aventados a la codicia de los criollos que anhelaban injertarse al tronco añoso de la Monarquía; en fin, la convicción honrada, atávica y profunda de que un destino superior deparaba el mundo conquistado al absoluto dominio del descubridor a quien en grata hora prestó el Austria la simbólica empresa que dijo por medio de las cinco vocales: «Toca al Austria regir el orbe de la tierra.»

Ergúñase Bolívar al frente. Encarnaba el fuero integral de la patria americana. Traída a surco propicio la ibérica semilla, germinó pródigamente, profundizó raíces en tierra suave y fértil, sacó fuera y levantó hacia el éter su erguido mástil, flexible como un junco, recio y tenaz como el acero, que abrió su abanico murmurante a todos los vientos del espíritu; supo oír la tormenta que venía de lejos, y desde la pampa sin límites desafió en su yá probada confianza contra los huracanes a la pesada, roída y secular

encina de Garnica. Y desde aquella hora fue nuestra palmera el vivo signo de la suficiencia que se basta a sí propia; la personificación de la llanura que se cansó de ser hollada; la meta que señaló, al centauro americano, una carrera de imposibles; el penacho ondulante que evocará de siglo en siglo el victorioso casco de los llaneros redentores.

Pagnan en San Mateo dos leones de la misma camada, dos rocas enhiestas habituadas a quebrantar el impetu de las mismas olas: ante el tozudo asturiano está de pie el vasco rebelde. Sólo que aquél se alumbró a los fulgores de un sol occiduo y el americano aparece rigiendo el carro de la nueva aurora. Es el preciso instante en que un cambio de la temperatura universal, muda en sonoro granizo el vapor impalpable. El problema ya no es de política sino de mecánica. Ocho mil guerreros, que alienta Boves, amagan, cercan y fulminan contra dos mil tan sólo que influye y alimenta y conforta y centuplica el Padre de la Patria. Cuarenta días y cuarenta noches de brega incierta y varia. Se ha realizado lo imposible. Por un milagro de confianza y valor, la palanca de la fe ha hecho traición al centro inexorable de la gravedad. Aquel campo glorioso va a ser florón mirífico que cerrará la corona de triunfo o el hachazo brutal que separe, no se sabe para cuanto tiempo, el infortunio, de la gloria.

Villapol y Campo Elías se superan a sí propios; el Libertador, a semejanza de los dioses homéricos, baja al campo a pelear en medio de los hombres, y hay un instante en que, evocando sin duda al rebelde de la segunda República romana, se deshace de su cabalgadura para correr mano en mano, al peligro que amenaza a sus conmlitonos. Aquel hombre aquilino, que otea los horizontes, ha sondeado la profundidad de la sima, si el hado le es adverso. Inquiétale la desproporción en la lucha: son dos contra ocho. Es el choque trascendente entre las centurias que afirman y el minuto que niega. Pero el héroe tiene fe en sí

mismo. Siente hervir dentro de su sér aquel *motus ab intrinseco* de que nos hablara, en fórmula que vivirá, el Angel de la Escuela. Mas, ¿qué vale esa conciencia en frente del dolor circunstante, de la desproporción desanimadora, del cálculo egoísta, de la humanidad que pesa probabilidades para decidirse en la acción, de la flaqueza de nuestra ralea que, por mirar siempre a la tierra, tan trabajosamente levanta los ojos hacia arriba? Esos segundos de intensidad milenaria en que el vidente mira comprometida su obra ante la ceguedad ambiente, son el crisol del genio, el Getsemani torturante en que hasta las mismas sienes de un Dios brotaron sangre? Quién podría medir en aquella hora desolada, la angustia de Prometeo atado a la impasible roca desde donde veía — con el buitre inmisericorde pegado a sus entrañas — ardiendo el fuego que él se robó para los hombres? Y hubo un segundo en que el alma del Libertador experimentó la inconsciencia en el vértigo del que descende hacia el abismo. Mil soldados de Boyes a rítmico paso triunfal corrían hacia el Arca que encerraba toda la fe, todo el amor, la confianza toda de los gestadores. Un momento de pausa. No sé si en él se detuviese el sol, mas es lo cierto que en aquella breve intermitencia de la vida ideal, la Gloria, que traía una guirnalda, paró sus vuelos. Bolívar, que esperaba, se concentró en sí mismo, cerró los párpados y aguardó. Se hizo un silencio angustioso de noche. Densa nube llenó los horizontes; insinuóse tras ella vaga claridad, y dentro de aquella mancha tenebrosa, apareció vivo fulgor que fue creciendo hasta trocarse en sol: el sol de Carabobo, de Boyacá, de Pichincha, de Junín, de Ayacucho, el sol de América. Quién realizó el prodigio? Mirad al héroe imberbe que desde aquella eminencia escuda con sus brazos el mismo corazón de Colombia, la grande, la magnánima, la sublime, la creadora, la eterna.

Evocad, si podéis, al héroe que al volar gritó: «Hágase la luz» que alumbró el caos y mostró delan-

te de la América subyugada un paraíso de ilusión y a su creador que lo llenaba. Vino en seguida el infortunio; mas qué significaba él ante el Libertador, fundido ya en metal incombustible por el mártir de Leiva o Santa Fe—no sé decirlo—en la hornaza de San Mateo? Oh, Santa Fe, que creíste sin ver y admiraste antes que nadie la grandeza del mar y adivinaste al genio!

Hé ahí al héroe que hundió el propio acero en el vientre de la bestia al rodar abrumado bajo la brutal pesadumbre de que nos habla el Libro. ¿Quién lo recordará? ¿Quién lo exaltará? ¿Quién valorará su inmolación generosa? Labios sacrílegos aventaron sobre él un día las odiosas nubes que, en la hora de nona, aparecen, veladoras, para cubrir las glorias del sacrificio. Contra tal desacato se alza una voz consagrada e irrevaluable: la voz de Bolívar, la del *hombre que no mintió jamás*.

La emoción cariñosa de Colombia entera y el celo diligente de un grupo de patricios erigen hoy, en consorcio feliz con un artista inspirado y noble, esta pirámide consagrada. Asíéntase ella sobre rocalla viva, desprendida a la fuerza, del Ande original, como nativa sustentación del basamento regular que brindó espacio al escultor para que relievase en líneas sobrias, bellas y precisas una teoría de figuras indígenas que, en rendidas actitudes adorantes, pregonan la virtud del sacrificio y la esperanza vivificadora en el sol que habrá de levantarse. Rodead en giro rápido el historiado pedestal para admirar en él la indecible tortura que la piedad del artista se empeñó en disimular con armonía, de la raza irredenta que, en pugna con la otra, fue cediendo hasta que por inexplicable afinidad selectiva, se aligó con los vencedores, ostentó una firmeza que originalmente no tenía, creó el sustentáculo de la renovación en que se alzara después la columna supérstite formada de dolor ancestral, de injertada nobleza y de aquel idealismo generoso que plugo a Dios poner en el corazón de todos los aristos.

Bogotá plasmó al héroe y quiere tenerlo de frente, hallarlo a toda hora en el diario vagar de labor o descanso. Ella quiso que el hijo prodigioso que nutrió en sus entrañas fuese contemplado a espacio por los que llegan desde el Norte, hacia donde señaló, para orientación definitiva, aquella su divina brújula de la fe y el valor. Los peregrinos del Septentrión hallarán un vestíbulo que los prepare a la vista del héroe epónimo. Nadie pase sin inclinarse reverente ante las dos figuras que custodian la entrada: el Heroísmo y el Sacrificio.

¿Qué os dice aquel mancebo de cabeza retadora ante el imposible, y ojos de mirada perforante en la vaguedad del porvenir? ¿No admiráis aquellos músculos atléticos que proclaman la certidumbre de la realización, inactivos ya delante del destino incontrastable? Dejad vagar la pupila desafiadora en la soberbia de la testa erguida, mientras se dobla la rodilla donde acaba de ser rota una espada ya inútil, gesto de aceptación que prepara para el sacrificio. Idéntica vitalidad en éste. Sólo que la cabeza ya no desafía. La pupila, sometida por la fatalidad, mira hacia abajo, a la tierra, al presente en que va a efectuarse el holocausto. Allá ruge la voluntad dominadora, mientras que calla aquí la libertad que se resigna.

Sometido el reino superior: el cerebro que piensa y el corazón que ama, mantiene el Sacrificio la misma actitud que el Heroísmo, doblada la rodilla vencedora del espacio en la flexión de quien voluntariamente detuvo su carrera.

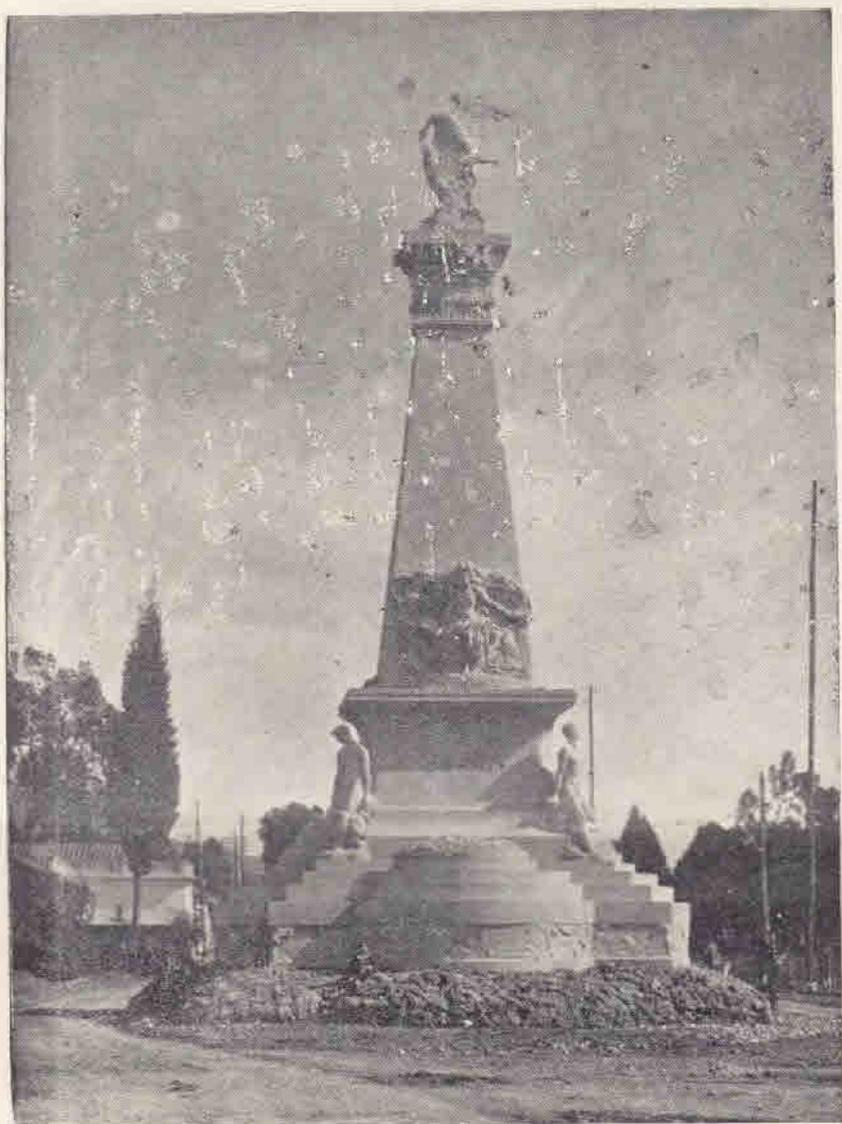
Son esos los dos momentos en que se bifurcó el heroísmo de Ricaurte. No levantéis los ojos al otro plano en que le conduce la Inmortalidad, sin volveros al sitio frontero a la Ciudad, donde el héroe vivo, abre los brazos redentores de la democracia para ser clavado sobre una cruz que no se ve, pero que tiende amorosamente sus antenas protectoras delante de la propia madre, la Patria que él defiende. No ol-

vidéis que en San Mateo se erguía un monte que se bañó de sangre y que, de antiguo, se apellidaba el Calvario. Cercan a Ricaurte llamas activas de eficacia voraz, que iluminan y espantan, que destruyen y crean y avisan muerte para que de sus carbones se levante la vida.

Adelgázase la pirámide, buscando las alturas, como la aspiración que coronan una Victoria enhiesta, símbolo de humanas glorias, y un cóndor salvaje que abatió sus vuelos para posarse sobre aquel pico digno de la fiereza de sus garras, de la libertad de sus rutas y de la pujanza de sus remos. Al pie del héroe, mientras la Historia escribe, desvanécese el Ideal en el espasmo del ensueño.

Dejadle ahora que la Inmortalidad le conduzca entre sus brazos hacia los espacios abiertos, mientras la Patria afligida, pegada a las plantas ya frías, se inclina sollozando.

Es indudable que el sacrificio del joven Ricaurte tuvo algo de excepcional y único, y que la pira que le devoró en vida, resplandece y aroma como nunca lograron las que antaño consumieran el cuerpo de los héroes. En aquel propio sitio sucumben Villapol y Campo Elías. Mueren más tarde Plaza, Cedeño, Anzóategui, Rondón, Camejo, Pedro León Torres y mil más, sin que su desaparición marque tan honda huella como la del joven granadino. Y es que en aquellas muertes hubo siempre elemento aleatorio. Sobre el campo de batalla, todo soldado lleva un sentimiento confuso del peligro, un temor vago de la muerte, una confianza optimista de librarse. Las balas son para los demás; la suerte protege; las heridas, posibles, y la muerte, improbable. En San Mateo presentóse de súbito, ante el defensor del fuerte, el máximo peligro, en forma inexorable, descarnada y única. Había que morir para que Colombia viviese, para que el genio de Bolívar se impusiera una vez más a los que todavía dudaban, para escarmiento del presente y ejemplo de la posteridad, para satisfacción de la patria chica, orgullo de la grande y provecho de todos los



Costado norte o reverso del monumento.

hombres; para enseñar, en fin, que sólo el dolor es fecundo y sólo el sacrificio redime. Por eso, a través de una centuria, la Nación agradecida acorre a este sitio de conmemoración a decirte, ¡oh héroe, que comprende y agradece; para ofrendarte el tributo que la Nación te debe desde éste hasta los más remotos evos.

Cuán lejos estuviste de pensar que aquella pira que inflamaste en el arrebató sublime de la renunciación, no habría de extinguirse jamás; que tras la siniestra lumbrarada que sólo dejó escombros, quedarían carbonos encendidos donde fuesen a animar sus antorchas los héroes de futuras gestas para iluminar el camino que corre desde las aguas del Orinoco hasta las argentadas cimas del Potosí. Tal fue el sentido de presente que tuvo para aquellos tiempos tu voluntaria inmolación. Empero, aquella hoguera que encendiste, muéstrase activa todavía, convidándonos con sus mudas lenguas purificadoras a sacrificar nuestro egoísmo, nuestras bajas pasiones, nuestros inconfesables anhelos, nuestras venganzas sórdidas, nuestra incomprensión de la hora, en provecho de la patria salud. Allí está ella, que nos aguarda, paciente, y lastimada de nuestras concupiscencias y desvíos.

Oradores que por aquí paséis: tomad de aquella hoguera, como el profeta antiguo, una brasa no más para purificar vuestros labios; enalbad allí vuestras plumas, periodistas conductores de muchedumbres; retemplad vuestros aceros en aquella fragua, guerreros en quienes tiene puesta la Patria su confianza, como guardianes de su honor y reivindicadores de su derecho amenazado.

Acerquémonos todos a calentar los miembros ateridos de indiferencia o desaliento, al amor de aquel brasero que irradia luz de vida. Allí está el pasado; palpita el presente, arderá allí lo que está por venir.

Bulle todavía en muchas venas la sangre procerá del héroe que si honró en horas yá idas todas las

actividades de la Nación, blasónala hoy de gracia y de virtud, y se conservará para el futuro como la reserva de muy nobles anhelos. De allí seguirán surgiendo vestales que alimenten sin desmayar el fuego del patriotismo puro.

Cuentan los aviadores que en los espacios más altos existe una zona donde no rigen ya las normas imperiosas que regulan nuestra atmósfera circundante. Allí falla la física terrestre y comienza el imperio de leyes aún no sabidas. Así en la Historia, existe un plano superior donde se neutralizan las fuerzas en contraste, al influjo de una atmósfera de serenidad y reposo que bien pudiésemos nombrar: zona de la inmortalidad. Siléncianse en ella los motores humanos, las hélices no giran, se adormece la brújula, y una voz imperiosa le grita al buzo audaz de los abismos siderales, que aquel no es campo propicio a la contradicción. Parece que en aquella zona supratearrestre fue concebido y realizado este monumento erigido al heroísmo. Sacólo un español de su cabeza, qué digo, de lo más vivo y palpitante de su corazón, para glorificar al héroe que con su sacrificio levantó un pedestal en que el hijo de Caracas se mostró ante la América pasmada, como el futuro Libertador contra la Madre Patria.

Cumplida la hora aciaga en que la crítica nos cegó para ver a distancia, no nos sentimos ya con el hacha exótica que abatiese en América el árbol español, sino cual una rama saya que, bajo el peso de frutos en sazón, se desgajó con estrépito un día, al influjo de un viento de justicia que soplaba de lejanías sin nombre.

Por eso el digno Presidente de la Junta del Homenaje a Ricaurte ha subrayado delante de nosotros la gentileza del artista y pedido a la República que, para la conmemoración centenaria de Ayacucho, quede garantizado siquiera, por voluntad del Congreso, el imperativo que disponga levantar aquí, en la capi-

tal de la República, un monumento digno del Conquistador del Nuevo Reino y otro capaz de sublimar las glorias del Libertador de Colombia.

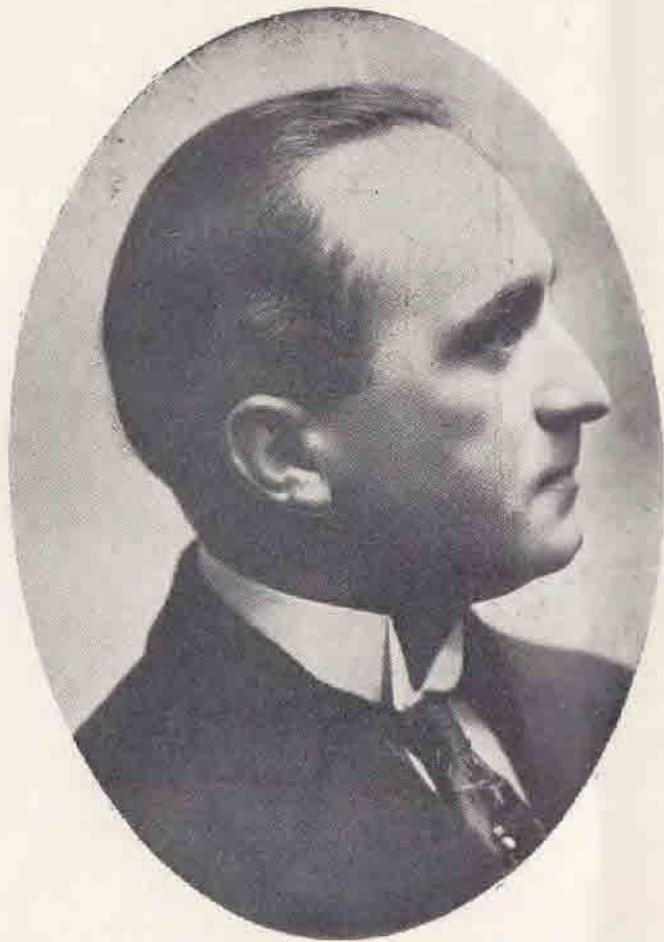
Influída nuestra concepción del pasado por un crudo cuanto explicable jacobinismo, parece haberse encogido de hombros ante el deber que ordena exaltar la memoria de nuestros antepasados en la raza. Sin su fe, sin su audacia, sin su valentía, sin su generosidad, sin su grandeza sería inconcebible el portento de la Emancipación. En el *substratum* de todos nuestros grandes hombres encontramos la sangre, las ideas, las virtudes, los defectos, hasta las locuras de los progenitores. De allí nació el rescate, por imperiosa ley de vida, como del mar salobre y yodado, tempestuoso y cubierto de fieras, surge en una contrición de mudanza y dolor la esquiva, la irisada, la modesta gracia de las perlas, hijas de la acritud, hermanas del abismo, confidentes de la tempestad y alivio de la grandeza sin reposo.

Que mire, pues, Colombia en su caballo de pelea, en un día no lejano, al Licenciado granadino que conquistó con la espada, para la majestad civil, el territorio que hoy pisamos.

Cuanto al Padre de la Patria, ¿qué monumento le alzaremos, si todo parece ruín ante su porte colosal de semidiós? Si lo fundimos en oro fino, habremos hecho de él solamente un ídolo; si en bronce, lo limitaremos pobremente como se encarcela el autor dentro del libro que escribió. ¿Cómo admirarle, cómo ensalzarle, cómo honrarle? Un día de febril desbordamiento sintió él súbitamente la urgencia del pedestal, y enloquecido como el Dyonyosos de la tragedia griega, danzó atropelladamente sobre la mesa del festín, ceñido no del pámpano lascivo que cifra la molice, sino del laurel acre que galardona al triunfador.

Aquella tabla, engrandecida por el genio, se asemejó a un pavés que sostuviesen, como cariátides asombradas y vivas, los más inclitos paladines de América, que sintieron por un instante, en la leve gra-

vitación del Padre, la irresistible pesadumbre que oprimió al viejo Atlas cargando todo un mundo sobre los hombros. Esa fue una hora humana para el Libertador, que aún no se había elevado, en la suprema purificación de la amargura, desde el monte más alto de su transfiguración histórica. Hoy no hay ya cómo figurarlo, ni molde digno para vaciar su majestad. Imaginémosle no más como en el festín austral, recorriendo a un andar precipitado, a paso gigantesco de cima en cima, las niveas alturas de los Andes, a lo largo del Continente libertado por él y deteniéndose un instante ante el airón de fuego de todos los volcanes, a recordar aquel otro de San Mateo en que la mano del adolescente granadino alzó la inflamada antorcha y alumbró los siglos disipando, a sus fulgores, con la noche del pasado, las sombras que velaban al Genio de América.



Doctor Andrés E. de la Rosa, comisionado especial del Excelentísimo señor Presidente de Venezuela para representarlo en la ceremonia.

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DOCTOR ANDRÉS E. DE LA ROSA

Excelentísimo Señor Presidente: Honorable Junta Directiva:

Señoras: Señores:

Designado por el señor General Gómez, Presidente de Venezuela, para representarlo en la solemnidad de este acto, al cual fue especialmente invitado por la Honorable Junta Directiva que en forma tan plausible ha coronado sus patrióticos esfuerzos en la realización de esta imponderable obra, vengo en su nombre y a nombre del Gobierno y pueblo venezolanos, a rendir un homenaje de admiración y respeto al Paladín y Paladión de San Mateo, al pie de este glorioso monumento, sobre la serenidad de esta llanura, frente a la bandera en cuyos pliegues está vivo, soñador y palpitante el corazón sensible de Colombia.

Pero, antes de darle vuelo a la palabra, os diré que la gratitud me está pidiendo un puesto en la tribuna, porque trae para esta tierra heroica un boliviano saludo de mi patria. Y a los que extrañéis el paso audaz de mis ideas, venidas en la misma hora a recorrer el camino iluminado por el incomparable don Guillermo Valencia, evangelista del pensamiento de oro, os diré a mi vez, que debéis pensar que ba-

jo la opulencia del roble nace y espiga sin temor la débil caña; que junto al bloque bruñido de granito no desluzca nunca un pedazo de cantera, y que la verdad de la piedra tiene también su sitio cerca de la realza del diamante.

Señores: He aquí el relieve estatuario que representa la síntesis de la más humana grandeza; he aquí cómo la dureza, el orgullo y la línea del bronce encarnan y reviven aquel bravo cuerpo de alma espartana, que, disparado por el Sacrificio hace cien años, cual una bala de gloria partió el espacio en dos para ir a fijarse en el cielo tempestuoso de la Independencia como una estrella integrada al sistema planetario de la libertad de América.

¡Oh, tú, Ricaurte! la historia imparcial y serena jamás podrá negar los hechos cumplidos por la expresa voluntad de tu mano; de esa mano redentora que al alargarse en un zig-zag de muerte, tomó la figuración de algo que parecía venir de Dios y no del hombre, porque ese brazo extendido y esa mano guerrera que en actitud de garra empuñaba un poco de fuego olímpico, plasmáronse para siempre en un solemne signo de Patria.

Y tu bravura, ese coraje tan tuyo por el cual unías en una sola comprensión el ideal republicano a la acción heroica, fue muy digno de tus veintidós años y de esta tierra legendaria que siendo tan española supo imprimir y confundir en el alma de su pueblo, a la hora de la razón y del derecho, la sonrisa de Grecia y la majestad de Roma. Y qué decir de tu excelso patriotismo? El supo de un golpe de gloria elevarte a la inmortalidad en un ritual de llamas y de sangre; y si carbonizó tu carne y fundió tu espada, fue para salvar la gestación de un ideal, fue para salvar el culto de una nueva religión, porque como dijo el gran Montalvo: «Nada está perdido donde la Providencia pone un mártir.»

Ahora bien, ¿quién atreverse puede a hacer leyenda del gesto más dolorosamente sublime de tu vida? ¿Quién puede calificar de inverosímil la gigantesca tragedia de tu elocuente sacrificio? En justicia, nadie. Porque el mismo Libertador en frases lapidarias lo dijo al mundo: «¿Qué hay de semejante en la historia a la muerte de Ricaurte? Este suicidio para salvar la Patria, el ejército y a mí, sin más esperanza que el amor a la Independencia y a la libertad, es digno de cantarse por un ilustre genio como Alfieri». Y fue ésta la declaración juzgadora de aquel inmortal suceso, que por grave y justa es al respecto la única verdad expresada por la apostólica palabra del hidalgo caraqueño, producto racial del guerrero aborigen y del gran señor de la Vasconia. Mas, si queréis pasar del verbo milagroso del genio al campesino lenguaje aragüeño que relata y confirma la crepitante escena, entrad conmigo a la mansión sagrada; recorramos en actitud de reverencia los viejos corredores de la Casa del Ingenio, por donde la adorable negra Matea, aya del Libertador, sonando su enorme collar de cuentas rojas, vistiendo camison de desahogado descote y anchas pretinas, con grandes flores moradas en fondo blanco, acostumbraba pasear continuamente su cuerpo macizo, su amor al amo y su bondad llanera. Entrad, entrad conmigo; sentaos allí sobre ese pretil de calicanto que soportó aquella infernal detonación, y el que aún muestra parte de su historia en el tatuaje de humo y en la herida de la grieta. Y oíd, oíd a ese célebre y último vástago de la servidumbre de los Bolívar, que os quiere contar por su lengua aquel casi indefinible laberinto de hoguera, enseñando de su boca húmeda, grande y negra, en un rictus centenario, junto con la realidad de la tragedia la blancura de sus dientes.

Acercaos bien, señores, que ya a vuestro lado toma asiento la patriarcal Matea, para deciros con toda la experiencia y la emoción de un siglo: «Sí, yo estuve en la pelea de San Mateo con el niño Ri-

caurte; yo estaba en el trapiche; cuando los españoles bajaban del cerro, el niño Ricaurte mandó salir la gente, y fue a la cocina, le pidió un tizón de candela a la niña Petrona y nos mandó salir por el solar. Luego subió al mirador onde estaba la polvorera, y cuando corrimos por el pueblo onde estaban peleando, estalló el trapiche y a nosotras nos metieron en la iglesia».

Y hé aquí, señores, cómo pesan iguales en la balanza de la justicia y se confunden en uno solo, el pensamiento irrefragable del amo y el juicio inapelable de la esclava.

Señores: ya comprobada la indiscutible verdad de aquellos hechos, si estudiáramos someramente la íntima relación que existe entre el hombre y el lugar de su heroísmo, podríamos decir, sin error a equivocarnos, que la vida del valiente granadino, desde su primera etapa, reflejó la gloriosa colina en los propios pabellones de su cuna. Y no pudieron el amor a su pueblo, ni el beso de la esposa, el cariño a la casa, ni el abrazo del amigo, sustraer de sus designios al joven gladiador que supo, ante el peligro, poner a salvo, quién sabe si toda la libertad del Nuevo Mundo.

San Mateo, oh agreste y hoy apacible terrazgo de mi nativo suelo. Yo que he pisado su polvo y me he saturado de su brisa, y sentido el vasto silencio de su homérica epopeya y purificado mis manos con el carbón de su sagrado incendio, tengo el derecho de hacer una evocación de la cima ilustre, sobre el valle aragüeño levantada, cual antiguo medallón que la Naturaleza misma hubiera ceñido al corazón de Venezuela, para emblema de sus pasados heroísmos; y como cumbre de gesta, ella siente aún en la cuesta y el atajo el caseo del corcel de guerra acosado en sus eléctricos ijares por los espolines del Libertador; y como cima de sacrificio, guarda ella también para todo mortal que la contemple, un dolor de elevación cada vez más grande, cuando por su niño-redentor reza el viento una plegaria en el interior de la floresta.

Cuántas veces el cóndor de los Andes, este mismo altivo cóndor que vemos cobijar con el ala la excelsitud de la Victoria, cuántas veces pasaría por encima de aquel calvario de proezas al cual arrancara con su garra un puñado de tierra y de laureles, buscando en el vuelo y con los ojos el espíritu de Ricaurte, para pasearlo, en el pico, por los cielos de América, transfigurado en los tres colores del iris y cubrir con él el alma aún adolorida de Colombia.

## LISTA DE LAS SEÑORITAS ENCARGADAS DE DESCUBRIR EL MONUMENTO

Helena Ospina Vásquez, Helena Ricaurte Montoya, Isabel Urueta Uribe, María Teresa Ricaurte Pardo, Lucía Ricaurte Pardo, María Ricaurte Samper, Isabel Ricaurte Samper, Soledad Ricaurte R., Mercedes Ricaurte Medina, Elvira Ricaurte Medina, Josefina Borrero Holguín, María Teresa Portocarrero Santa María, Blanca Portocarrero Santa María, Teresa Carrizosa Ricaurte, Leonor Carrizosa Soledad Pardo Ricaurte, Emilia Holguín Nieto, Margarita Holguín Nieto, María Holguín Nieto, María Luisa Urueta Uribe, Carolina Nieto Umaña, Elisa Nieto Umaña, Inés Nieto Umaña, Cecilia Nieto Umaña, Manuela González Obregón, Soledad Nieto Ramos, Emilia Nieto Ramos, Constanza Nieto Angulo, Clementina Umaña de la Torre, Helena Uribe de Brigard, Inés Uribe de Brigard, Beatriz Uribe de Brigard, Leonor de Brigard Silva, Soledad Uribe Portocarrero, Ana Uribe Portocarrero, Blanca Uribe Portocarrero, Pepita Uribe Portocarrero, María Vega Jaramillo, Helena Montoya Valenzuela, Lolo Montoya Valenzuela, Lucía Valenzuela Sanz de Santamaría, Helena Valenzuela Sanz de Santamaría, Blanca Valenzuela Barriga, Leonor Valenzuela Barriga, María Isabel Uribe Portocarrero, Clara Uribe Portocarrero, Margarita Uribe Portocarrero, Josefita Moore de Mendoza, Ana Moore de Mendoza, Margarita Moore de Mendoza, Isabel de Mendoza Vargas, Cecilia de Mendoza Vargas, Julia de Mendoza Vargas, Manuela Sanz de Santamaría Caro, Paea Gutiérrez Portocarrero, Lucía Gutiérrez Portocarrero, Cecilia Gutiérrez Portocarrero, María Balén Pizano, Isabel Mon-

toya Restrepo, María Luisa Sinisterra, Teresa Cuervo Borda, Julia Cuervo Borda, Clara Cuervo Borda, Isabel Guzmán Angulo, Leonor Borda Hurtado, Paulina Valenzuela de la Torre, Quenee de la Torre Cortés, María Helena Samper Herrera, Margarita Uribe Holguín, Leonor Rocha Schloss, Mercedes Borrero Mercado, Elvira Zea Hernández, Lucía Herrera Jimeno, Beatriz Uribe Holguín, Isabel Santamaría Ordóñez, Carolina Vélez Calvo, María Umaña Bernal, Margarita Rueda Caro, Susana Rueda Caro, Lofa Dávila Alzamora, Carolina Cárdenas Núñez, Elvira Restrepo del Corral, Carmen Elisa Aparicio Gutiérrez, Ana Restrepo del Corral, Isabel Sáenz Londoño, Ana Sáenz Londoño, Clara Koppel Holguín, Helena Soto del Corral, Alicia Michelsen Mantilla, Julia Carrizosa C., Adela Carrizosa C., María Montoya Restrepo, Alicia Montoya Restrepo, Enriqueta Montoya Williamson, Isabel Sanz de Santamaría Osorio, Elvira Posada Sanz de Santamaría, Lucía Sanz de Santamaría Gómez, Helena Sanz de Santamaría Gómez, Cecilia Sanz de Santamaría Gómez, Leonor Sanz de Santamaría Gómez, Inés de Santamaría Sáenz, Ana Sanz de Santamaría Sáenz, Beatriz Sanz de Santamaría S., Alicia Sanz de Santamaría S., Blanca Sanz de Santamaría S., Teresa Marroquín Gómez, Cecilia Marroquín Gómez, Matilde Rubio Marroquín, Inés Rubio Marroquín, Rosa Vargas Herrera, Teresa de Brigard Gómez, Inés de Brigard Gómez, Elisa de Brigard Gómez, Sofía de Brigard Gómez, Paca González Sanz de Santamaría, Cecilia González Sanz de Santamaría, Alicia González Sanz de Santamaría, María Francisca Silva Herrera, Isabel Silva Herrera, Leonor Silva Herrera, Clemencia Restrepo Herrera, Leonor Restrepo Herrera, Inés Pinto Valderrama, Soledad Barberi Cualla, María Tadea Vengoechea Durán, María Luisa Barberi Cualla, Blanca Vergara Uribe, Emma Vergara Uribe, Lucía Vergara Uribe, Ana Mercedes Navas Vergara, María Jesús Navas Vergara, Helena Alvarez Gutiérrez, Enilia Alvarez Gutiérrez, Alicia Arango Rizo.